

1. Las avanzadas
y penetraciones
fronterizas
en la
época colonial

LA EXPLORACION, conquista y colonización del Norte de México fue realizada, en una primera fase, por españoles procedentes de la península y por algunos ya establecidos en la Nueva España. En su segunda etapa, por mexicanos, criollos, indios y mestizos que contribuyeron a acrecentar el territorio conocido y desarrollaron las actividades económicas que sirvieron de base para el establecimiento de las colonias del Norte de México.

Las leyendas sobre la existencia de la Fuente de la Juventud de las Amazonas, del Estrecho de Anión, de las Siete Ciudades de Oro, de los indios blancos y cabellos largos de las Carolinas, del Gigante Datha, la abundancia de perlas y piedras preciosas, cautivó la imaginación, el deseo de riqueza y aventura de los primeros exploradores. La realidad habría de desilusionarlos pues el norte de México era a todas luces distinto del mundo descubierto por Cortés en su primera etapa.

Las primeras exploraciones del septentrión fueron encabezadas por Hernán Cortés a California y Nuño de Guzmán hacia Nueva Galicia, en donde fundaron varias poblaciones. Juan Ponce de León llegó a la costa de Florida en busca de la Fuente de la Juventud entre 1510 y 1513 e intentó, después de un primer fracaso, una segunda expedición en 1521, sin lograr establecer ninguna colonia. Lucas Vázquez de Ayllón

reconoció la parte norte de Florida siguiendo la costa de Atlántico y, en 1528, Pánfilo Narváez, que ya había estado antes en el altiplano mexicano, ahondó en la exploración del Golfo. Por su parte Alvaro Núñez Cabeza de Vaca que sobrevivió a la expedición de Narváez, exploró el territorio que incluía lo que hoy es Texas, Colorado, Nuevo México, Arizona, Sonora, Chihuahua, y en su largo peregrinar conoció la vida de diversas tribus indígenas. Por su parte, Hernando de Soto, antes de llegar a Florida, descubrió el Río Mississippi.

Las narraciones de Cabeza de Vaca sirvieron para que en 1539, el Virrey Antonio de Mendoza enviara una exploración hacia el noroeste rumbo a Sinaloa y Sonora, al siguiente año se organizó una expedición mayor encabezada por Francisco Vázquez de Coronado que cruzó los ríos Gila y Zuni; atravesó Texas, Arkansas y Kansas, regresó a México dos años después sin haber logrado su propósito inicial, desmintiendo los rumores falsos que la precedieron, en 1542 Juan Rodríguez Cabrillo exploró la "Isla de California", descubrió la bahía de San Diego y las islas de Santa Catalina y San Clemente. Posteriormente Bartolomé Farrello llegó hasta lo que hoy es el Estado de Oregón.

Bastaron sólo 50 años, después de la llegada de Colón, para que los españoles exploraran, además del Virreinato de la Nueva España, los territorios de la Vieja y Nueva California. Los mismos años fueron suficientes para decepcionarlos en cuanto a la opulencia fabulosa que supuestamente hallarían sin esfuerzo en el Norte, y la ausencia de una civilización comparable a la que encontraron en el Altiplano, que pudiera servirles para explotar las riquezas. Las tribus que hallaron eran nómadas en su mayoría. Tenían conocimientos muy rudimentarios de la agricultura y, en su deseo de defender las áreas que ocupaban, dificultaron la tarea de exploración al desorientar a los exploradores y aún combatirlos para evitar sus constantes penetraciones.

La experiencia de Vázquez de Coronado, que desmintió los rumores falsos que alentaron a las exploraciones que le precedieron, obligó a las autoridades virreinales a replantear la estrategia de conquista y colonización del Norte. Zacatecas se convirtió en la avanzada en donde se experimentaría la nueva colonización. Con ello se logró la dominación del territorio intermedio y se aseguró el apoyo necesario de México y Guadalajara. Además, sería el punto de arranque para promover el desarrollo de nuevas fronteras en el septentrión. En los siguientes 30 años surgieron San Miguel El Grande, Lagos, Fresnillo, Jerez de la Frontera, Celaya, Aguascalientes, Guanajuato, Mazapil, Charcas, Durango, Santa Bárbara, así como los presidios de San Felipe, Ojuelos, Bocas, Portezuelos, Ciénega Grande y las guarniciones militares de Tezascalco, Maxcala, Pénjamo y Xamoy. Todo esto constituía, sin duda, un amplio apoyo para enfrentarse con éxito a los chichimecas que obstaculizaban la colonización del área y proseguir la expansión que seguiría la ruta de las minas de plata.

La aprobación de las Leyes de Colonización de 1573 marcó una nueva etapa de poblamiento. En este año la Corona decidió interesar a los nuevos ricos novohispanos para que asumieran la responsabilidad de la penetración nortea. Para ello se habría de recurrir nuevamente al otorgamiento de títulos nobiliarios, concesión de tierras y de encomiendas así como otorgar grados de Capitanes Generales y Adelantados con carácter hereditario.

Entre los nuevos ricos que acudieron al llamado de la Corona se cuentan Francisco y Diego de Ibarra, Rodrigo Río de la Loza y Francisco Urdiñola que gobernaron Nueva Vizcaya y lograron recorrer todo el territorio; establecer alianzas con los indios; promover la ganadería y descubrir nuevas minas. Algo similar sucedió con las provincias de Nuevo México y el Nuevo Reino de León, aunque sin el éxito de Nueva Vizcaya, por lo menos en el siglo XVI.

La colonización de Nuevo México fue el resultado de la combinación del trabajo imperial de Juan de Oñate, millonario de Zacatecas, y la labor misionera de los franciscanos. Oñate, en 1598, financió una expedición que incluía 83 carretas, 7,000 cabezas de ganado y 400 soldados. Cuarenta años después se habían fundado 25 misiones y los principales poblados, incluyendo Santa Fe. Estas colonias fueron destruidas en 1680 con la rebelión de los indios. Pueblos y colonizadores fueron aniquilados o forzados a retroceder hasta el Paso del Norte aunque se fundaron nuevamente, diez años después, mediante una eficiente labor de reconquista encabezada por Diego de Vargas, quien pacificó el territorio y sentó las bases de la nueva colonización.

El trabajo de colonización del norte de Sonora, el sur de Arizona y Baja California descansó en el incomparable esfuerzo del padre Eusebio Francisco Kino, que en sus viajes de exploración diseñó el mapa de la región comprendido entre los ríos Gila, Magdalena y Colorado. Fundó la misión de San Javier de Bac en 1700, estructura que sobrevive hasta nuestros días. A pesar de estos esfuerzos, la región se mantuvo despoblada, tanto por su escaso valor estratégico como por los constantes ataques de los indios.

De Arizona salieron las expediciones que fueron a colonizar la parte alta de California. Juan Bautista de Anza encabezó la primera que por tierra llegó a Monterrey y San Francisco. El poblamiento de California habría de intensificarse por razones estratégicas. La amenaza rusa e inglesa y la expansión norteamericana obligó a la formación de un buen número de presidios y misiones bajo la responsabilidad de Fray Junípero Serra y el Capitán Gaspar de Portolá. Juntos fueron responsables de la fundación de más de 20 misiones en la región comprendida entre San Diego, Santa Bárbara, San José y San Francisco y dos pueblos San José y Los Angeles.

Ante las amenazas norteamericanas, francesas e inglesas, y por motivos estratégicos, se inició la colonización de Texas. El nuevo Reino de León, como señalamos, no tuvo el éxito de otras provincias y hasta 1577 su colonización sólo se había limitado a la fundación de Monterrey, Cerralvo y Cadereyta. La presencia francesa sobre Texas, Coahuila y Nuevo México obligó al Virrey Juan Enrique Barrato, a enviar expediciones encabezadas por el Marqués de Aguayo y el Capitán Alfonso de León, para localizar a los franceses y expulsarlos. Este último encontró abandonada la colonia La Salle y no localizó ninguna población francesa. Su expedición sirvió para advertir los peligros a que se exponía la deshabitada posesión y elaboró un proyecto para su colonización.

Posteriormente se intentaron nuevas expediciones por mar y tierra y al igual que California, se reforzaron las misiones como las de San Antonio y Alamos y se formaron otras nuevas. En esa misma época se estableció una cadena de presidios como los de San Antonio de Béjar, Nuestra Señora de Dolores, Nuestra Señora del Pilar y Bahía del Espíritu Santo. Sin embargo, para que estos esfuerzos tuvieran éxito y se pudiera desarrollar la economía, era necesario que existiera un fuerte respaldo de las poblaciones localizadas en Coahuila, especialmente Monterrey y Parras.

La explotación minera y la fundación de misiones y presidios fueron los núcleos de poblamiento de las vastas regiones del norte, como hemos visto. La fundación de minas generaba necesariamente la instauración de una cadena de innumerables actividades que sirvieron para abastecer la población ocupada en los trabajos de las minas. Era común, entonces, que al explorar una mina se avecindaran labradores, criadores de ganado y comerciantes cuyas actividades tenían por objeto primordial proveer a los trabajadores ocupados en las actividades mineras. Esto, a su vez, ocasionó la formación de grandes haciendas ganaderas y centros agrícolas, así como

la explotación de los recursos naturales de toda índole, especialmente bosques carboneros, salinas y los recursos humanos para suministrar mano de obra minera.

La fundación de los pueblos seguía el modelo español: traza cuadrangular, plaza central y a sus costados el cabildo, la iglesia y las residencias. Los trabajadores domésticos vivían en la casa del patrón y el resto en barrios cercanos a la plaza principal.

Una cosa parecida sucedía con los presidios. Estos, para establecer, promovían la colonización permanente ofreciendo a los colonos que quisieran avecindarse, un pedazo de tierra para cultivo de hortalizas, huertos y para la construcción de sus casas así como caballería de tierra. Con el otorgamiento de la merced, el colono se obligaba a radicar en el presidio por lo menos diez años. Así, si los avecindados llegaban a los 15 se otorgaba el título de Villa, si eran 100 les concedían el título de Ciudad. Los presidios tenían como objeto principal servir para la defensa del territorio o como avanzada de nuevas exploraciones. Por lo general estaban habitados por 60 soldados con familias, sirvientes y aventureros; muchos de ellos eran improductivos.

Otra forma de colonización desarrollada de la frontera Norte fue el establecimiento de haciendas o ranchos. Con frecuencia parte de las fortunas obtenidas en la explotación de minas eran invertidas en tierras y ganado que se dejaba libre en las vastas praderas del norte, lo que ocasionó que se reprodujeran considerablemente e invadieran todo tipo de comarcas.

En estas actividades los indios ocuparon un lugar preponderante. Una vez que aprendieron el valor y utilidad del ganado, dominaron el oficio al grado de llegar a tener grandes cantidades de ovejas, cabritos y desarrollar la curtiduría y artesanía textil. Otros, nómadas, se dedicaban a asaltar y robar ganado en los pueblos ya establecidos.

La Misión fue la institución más importante de la frontera, los misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos estuvieron especialmente en los lugares más inhóspitos y en donde la supervivencia era más difícil. Los indios que vivían en las cercanías, según señala Herbert E. Bolton, eran hostiles, carecían de poblaciones estables y no permitían ser explotados. En estas circunstancias las misiones tenían que desarrollar una economía mediante el cultivo de una agricultura de subsistencia, la cría de ganado y artesanías.

La Misión cumplía un doble propósito, primeramente servía para invitar a los indios a llevar una vida sedentaria en congregaciones y enseñar el Evangelio; por otra, contribuía a la expansión y reforzaba la defensa de los territorios explorados y conquistados para facilitar su colonización.

La actividad económica era intensa en las misiones. No es extraño que llegaran a acumularse riquezas y a dominar el comercio en las regiones donde se encontraban establecidas. Hay muchas noticias que señalan la vida económica de las misiones jesuitas. Luis Navarro García, nos relata que había abundancia de ganado vacuno, caprino, cría de mulas, viñedos, jabonerías, curtidurías y zapaterías; se cultivaba el trigo, maíz, carne seca, sebo, sayales, rebozos, etc. Los jesuitas mantuvieron a los indios aislados del resto de la población y ejercían un claro dominio sobre ellos. El auge económico y el control de la mano de obra los llevaron con frecuencia a retar a las autoridades civiles.

Franciscanos y jesuitas lograron cumplir muchos de sus propósitos a través de su labor misionera. Enseñaron a los indios a desarrollar las actividades anteriormente mencionadas; así como a construir edificios. Formaron carpinteros, albañiles, molineros, herreros, vaqueros, los instruyeron en las técnicas agrícolas y ganaderas, gracias a ello fue posible la transformación del norte de México. Las misiones eran

los oasis que servían de núcleo para el desarrollo económico y social de la frontera.

La misión típica tenía dentro de sus límites las casas de los indios. Alrededor de la plaza central se encontraban establecimientos de artesanos, el granero, la curtiduría, la cárcel y los establos. La iglesia dominaba el escenario por ser el edificio más grande, aunque éste era el modelo más o menos generalizado, en el caso de Nuevo México las misiones intentaban mantener la comunidad indígena intacta y construían sus templos en los límites de los pueblos. En otros casos los misioneros se adaptaban a las características de los pueblos que intentaban evangelizar.

Junto a los jesuitas, franciscanos y un buen número de indios del sur participaron en la transformación de la frontera. Indios tlaxcaltecas y tarascos, fueron al igual que los misioneros, colonizadores, administradores y profesores. Algunos llegaron a ocupar cargos de Gobernador, Alcalde, Regidor, Alguacil, Juez, etc., puestos donde eran elegidos o seleccionados por los propios misioneros. Los jesuitas y franciscanos intentaron imponer los usos, instituciones y costumbres europeas mediante una actitud condescendiente y paternalista que, avanzada la Colonia, ocasionó rebeliones de los indios frente a todo lo que se les imponía y que implicaba de hecho, la destrucción de su propio mundo.

Por esta razón la tarea de evangelización, civilización y reducción de los indios no fue tarea fácil. Las cuatro instituciones que se experimentaron para desarrollar la frontera fueron abandonadas al no encontrar en las regiones donde se establecieron las riquezas mineras que se habían descubierto en Zacatecas y Chihuahua. Las minas, los ranchos, las haciendas, las misiones y los presidios se defendieron de insurrecciones indígenas en todas las provincias. Enrique Florescano anotó 78 sublevaciones, entre rebeliones, levantamien-

tos, alzamientos y ataques en todas las provincias internas del siglo XVI al XVII.

A pesar del éxito evidente de las regiones mineras, misiones y otras formas de colonización, la frontera norte se mantuvo despoblada y alejada de las aspiraciones de los españoles que colonizaban el centro. La cifra de población de 1780 revela que en las provincias de Nueva Vizcaya, Sonora, Nuevo México, Coahuila y Texas, no llegaban a 250,000 habitantes.

Es evidente que la historia de la conquista y colonización del norte tuvo características esencialmente diferentes a las del Altiplano. La vida social y política fronteriza era diferente a la del centro y sur. La existencia de los habitantes estaba dominada por las enormes haciendas ganaderas, a pesar de los logros alcanzados en distintas actividades económicas. Junto a ellos se acumulaban o sometían las poblaciones colindantes sujetas al liderazgo y justicia que impartiera el señor de la hacienda. Este se encontraba en la cúspide de la pirámide social y era responsable de sancionar las costumbres, organizar las fiestas y controlar la vida económica, política y social de la región.

Desde entonces, españoles, mexicanos, criollos, indios y mestizos, llevaron al norte todo tipo de ganado mayor y menor, animales domésticos, acarrearón y fraguaron los implementos agrícolas como los azadones, tornos, alicates, arados, limas y las primeras ruedas. Asimismo llevaron al norte duraznos, higos, naranjas, manzanas, melones, limas, limones, granadas, peras, aceitunas, almendras, ciruelas, membrillos, toronjas, fresas, frambuesas y caña de azúcar. También desarrollaron nuevas técnicas en la exploración minera y las artesanías necesarias para su posterior industrialización y comercio. Esta lista de actividades es sólo una mínima parte del enorme esfuerzo realizado por incorporar el norte a la economía del centro del virreynato.

Al consumarse la independencia de México la cultura de la frontera había sido definida aunque con variantes regionales en Texas, Nuevo México, Arizona y California. El progreso de la frontera fue el resultado de los esfuerzos de españoles, mestizos, indios del centro e indios del norte de México. Pobladores que al cambiar los espacios que ocupaban eran, a su vez, transformados por el ambiente geográfico y el aislamiento. La resultante fue una sociedad netamente mexicana con su variante nortea. Tal vez como advierte Charles Gibson, el poblamiento que desarrolló la frontera hubiera sido diferente de haberse descubierto entonces los recursos minerales. Como los acontecimientos no sucedieron de esa manera, los objetivos secundarios se convirtieron en fundamentales.

Entonces la cristalización y la civilización en su variante hispánica, así como la defensa del territorio y el desarrollo económico basado en la explotación ganadera se convirtieron en la esencia misma de la exploración, conquista y colonización del norte de México.

La fundación de ranchos, presidios, misiones y minas, como punta de lanza de la colonización de la frontera, encontraba también su explicación básica en la necesidad de defender el territorio frente a la amenaza de expansión y competencia que se fraguaba en Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Estos esperaban momentos oportunos para invadir los vastos territorios no claramente delimitados, con poblaciones aisladas, vulnerables y con grandes espacios sin explorar.

De hecho algunos exploradores franceses habían viajado a lo largo del río Mississippi desde 1673 y en 1693 lograron fundar una colonia en Texas. De 1693 a 1719, como lo señala Ignacio Rubio Mañé, los franceses tuvieron mucha actividad en el noreste de la Nueva España forzando los planes de colonización española. Fundaron Nueva Orleans en 1718, es-

tuvieron brevemente en Pensacola y desde allí se constituyeron en una amenaza para las regiones de Texas, Coahuila y Nuevo México.

Por su parte, la expansión inglesa que rivalizaba con la francesa para lograr posesiones en América no sólo había fundado colonias en el noreste sino que incursionaron abiertamente en la costa del Atlántico y el Caribe, donde logró establecer colonias permanentes. En el continente los ingleses junto con los norteamericanos habían llegado a la Florida y lograron avanzar hasta los territorios españoles; más allá del Mississippi y hasta la Costa del Pacífico en el extremo noroeste.

El ascenso de los Borbón al trono español, a principios del siglo XVII, marcó el inicio para un replanteamiento en la política de la Corona hacia sus colonias americanas. Pronto ensayaron una serie de reformas administrativas, militares, económicas y diplomáticas que permitieron poner en orden el imperio americano a fines del siglo XVIII. Los esfuerzos de la nueva administración hicieron posible la recuperación de Luisiana y Florida así como el establecimiento de fortificaciones en el Mississippi y fundaron nuevas misiones en California.

En la Guerra de los Siete Años, que terminó en 1763, como lo advierte María del Carmen Velázquez, se peleó tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. A partir de entonces los imperios europeos principiaron a perder sus dominios de América.

Con el reconocimiento de la independencia de Estados Unidos, mediante el Tratado de París, la nueva nación se convirtió en una amenaza para las posesiones españolas del norte. Los Estados Unidos heredaron las antiguas rivalidades entre Inglaterra y España y, contrariamente a lo que se pensaba, en lugar de que España reforzara su situación america-

na y mejorara su posición frente a Inglaterra, se debilitó ante la afección expansionista de la nueva nación.

Los angloamericanos iniciaron de inmediato su gran expansión hacia el oeste. Durante la misma revolución de independencia llegaron a Georgia en el paralelo 31 y no estaban dispuestos a impedir que sus habitantes se lanzaran al poniente en busca de establecer colonias o para especular con nuevas tierras, a pesar de las continuas protestas de España.

La primera disputa seria fue en relación con los derechos de navegación del Río Mississippi que ambos reclamaban como propios. Sin embargo, lo que en el fondo estaba en juego era el derecho de posesión de las tierras del gran Valle del río y el control del territorio norteamericano. Así lo demostraba la posición española de 1785 que, al negociar con el gobierno norteamericano, pedía que no se ampliaran los límites de Georgia ni se permitiera la libre navegación del Mississippi.

España atenuó su posición al iniciarse la revolución francesa en 1789, cuando ésta se expandió por Europa golpeando a las puertas de España, la Corona consideró prudente negociar con Estados Unidos la situación de los límites de sus fronteras. Entonces, en 1795 y mediante el Tratado de San Lorenzo, se aceptó la libre navegación del Mississippi a los estadounidenses, con derecho a depositar sus mercaderías en el Puerto de Nueva Orleans por un precio justo libre de impuestos por tres años. España, por su parte declinaba disputas pendientes. Con ello pensaba asegurar sus posiciones del norte frente a la avalancha expansionista de Estados Unidos.

2. El destino obviamente manifiesto en la inestabilidad política